1

233699

El bosquecillo d



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233699

47/1505196

El bosquecillo de Venus

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Ya se ha acordado y tres más, nueve, vaya!

—¡Cómo! Una salida al campo y tres, ya son cuatro.

—Es un decir que se dice.

—Pues yo procuraré hacer que se hace, porque en el hacer y callar está la gracia.

—¡Date tono! Mira, a doña Cecilia, el ama no le disgusta que se peque...

—¡Cómo, que «se peque»!

—Que se peque por carta de más.

—Si no se trata de cartas, pegajosa.

—Ya lo sé, pánfila; se trata de jarana, de bailoteo, de meneo y si puede ser que haya algún himeneo, como consecuencia.

—Por meneo, no quedará.

—Niñas, al probador... Por si hace falta pegar la hebra.

—Ya la estamos pegando acá.

—Bien, sí... Decidida yo a todo; a per-

R.322418

derlo todo, con tal de dejar la maldita costura.

—Y dejarás que te busquen las tuyas.

—¡Ya lo creo! Y el hojal me dejo yo buscar... Con lo que me gustan los botones de las piezas masculinas.

—¡Qué barbaridad! «Botones». «Piezas». Estás empecatada.

—Y tú empaquetada, por lo rígida que eres: semejas propiamente un paquete de trencillas de la tienda de «La Mascota».

—Pues tú ¿qué te crees con quien te estás tuteando?

—¡Rejofaina! Con la princesa de los Bullones, o la Duquesita de los Retales, lo menos... ¡Bah¡ ¡Bah! Ya te repito que las «piezas» de los hombres, en lenguaje de todas las sastras son chalecos, chaqués, americanas y pantalones. ¿Te enteras?

—Eso ya me lo sabía yo.

—¡Pues hay algo mejor que una pieza de hombre!

—¡Carambano! Mejor dos que una: pantalón y chaquet, pongo por caso.

—Pon, pon, pom. ¡Ah! Cuando yo vea estos figurines en que cada día más, nos parecemos las hembras a los hombres, me pregunto:

—¿Qué te preguntas, so boba?

—¡Qué día llevaré yo los pantalones!

—¿Pero no los llevas? ¡Qué guarra!

—¡Só lilaila! Si me refiero a los de hombre... Vaya; no hay quien pueda contigo. Mejor será que nos larguemos para el probador.

Y se fueron al probador donde quedaban doña Cecilia, el ama, con su mejor parroquiana la vizcondesa del Chorroblanco: una morenaza desmigante y de las que al sentarse hacen temblar la silla con lo desarrollado y macizo de sus asentaderas.

Un puro armiño aquella popa rutilante, según aseguraba su administrador, el abogadete Sabas Soboncillo, quien la administraba todo lo administrable, desde sus posesiones andaluzas, hasta las de su persona, divinamente redondeadas y de una esbeltez diablesca y cupidinesca.

—¿Cree usted que tan corta la falda?

—Ya lo creo, cada vez vienen más cortas en los fiurines.

—¡En fin, por mí! Ya sabe usted Cecilia, que una Chorroblanco...

—Sí; una Chorroblanco, como aseveraban su mamá de usted, doña Pura Castrolejo y su tía doña Ruperta; una Chorroblanco, decían, no debe mirar por donde chorrea, con tal de que chorree bien y deprisa.

Una contenida, intempestiva risotada del coro de oficialas acogió las últimas palabras de la maestra.

—¡Chicas!... Desde cuando no se me ayuda... A ver, quítale esta manga...

—Aquí eso: un corte de manga. ¿Levantaré la falda?

—Métele un dedo.

—Será poco...

—Pues métele cinco si te parece...

—Será demasiado...

—Déjelo usted así ahora; que al tener el vestido en casa ya me meteré yo misma los dedos que convenga. Así, yo me lo hago a gusto; ya sabe usted, Cecilia, que antes de casarme con el vizconde de Chorroblanco, tenía yo un taller de modista allá en Tudela.

—¿Y cómo fué que conoció al vizco ese?

—¡Vizconde, Cecilia! Es verdad que es bizco de una coz de un avestruz de la Casa de fieras, pero es bizco y vizconde del Chorro a la vez.

—¡Demonio!... Y lo de «blanco» está añadido.

—Eso de «blanco» le vino de...

—De donde vienen todos los títulos: seguramente, de una gracia concedida de los reyes antiguos.

—No, señora: un antepasado de mi marido que tuvo una vaquería en un pueblo de la provincia de Lugo.

—¡Que lugo!... Digo: ¡qué lujo!

—Dejando lo del vestido; felices verbenas, querida doña Julia.

—¡Eso! ¡Eso! ¡Felices y que lo celebremos!... ¡Eso, eso! ¡que sea tan cachondo el día de Santa Cecilia, patrona de los músicos y de usté, como el año pasado!

—Las invito en mi auto. Iremos a mi finca de Morcillas: a una hora de Madrid nada más.

—Es usté tan complaciente!... En fin: aceptáis?... Yo más por esas chicas que por mí.

—Aceptamos... ¡Viva la señora de Chorroblando!

—Que no es «blando», sino «blanco», palurda—espetó en voz baja a la que había metido la pata.

—¡Entèndidos! Invitaremos al maestro de Pozuelo, que es un organista que toca mucho...

—¡Viva el organillero!...—saltó la que siempre se equivocaba.

—¡Organista, pocalacha!...

Ausentóse la vizcondesa, segura de pasar un lindo día de Santa Cecilia, virgen, y patrona de los músicos.

II

—¡Taf! ¡taf! ¡taf!... Raudo, impetuoso, voracísimo el 28 caballos de la vizcondesa.

¡Dring! ¡dringuidring!... Metódico, sin impacienciias, íbale a la zaga el mulo del operador de la vizcondesa, uncido a un buen carricoche, grandote y basto, donde cogían, aunque muy estrechadas, las seis oficialas de doña Cecilia.

—¡Quita esta pierna, Fausta!

—Se verá, si la quito o me la como, comodona!

—¡Caracas! Qué gordo tienes el nalgatorio, Gracia... ¡Vaya una gracia!

—¡Y tú, qué larga la lengua!... ¡Lenguado, hembra!

—¡Eh! Orden, hilvanadoras híbridas!—clamaba el operador, el cual guiaba el carruaje y gustaba—pues era persona relativamente joven y de gran cultura—de entrometer en la conversación palabrejas poco en uso y aun, si podía, que empezaran en *h*.

—¡Romeo!... Operador bucólico y cejijunto, arrea el animal y no te metas con nosotras; mira que te vas a pringar.

¡Sí que me pringaría si pudiera meter la mano donde yo me sé, hija de Helena;

hespéride helespóntica.

—¡Huevo duro!... Por lo duro de pelar... ¡Arrea y mutis! Vaya qué sonsoniche ¡que hay enfermos!

—Más vale que no halagues la vista con el halda levantada y dejes de enseñar esos huecos húmedos.

—¡Indecente! El húmedo lo serás tú. En cuanto a huecos... como no seas tú el hueco y el pinchado y el postinero...

¡Zás! ¡patalrás! ¡carralratrás!... Ruido semejante el producido por un casi vuelco, debido a un corpulento bloque en mitad de la carretera. Las chicas, una encima de otras; exhibición consiguiente de piernas regordetas: alguna que otra liga sujeta el robusto muslo, tal cual mano que sin querer, aprovechando la confusión le llega al operador a ciertos parajes comprometidos y peliagudos y súbitamente una vuelta de semi-campana que ejecuta limpiamente Graciana o Gracia como la llamaban a la gentil rubita (oficiala primera en el obrador) yendo a caerse con las piernas separadas encima los hombros del afortunado automedonte.

—¡Ay, qué gracia!—apuntó riéndose Fausta, arreglándose las faldas.

—¡Pa gracia de Dios la que yo he visto!... ¡Vaya una monada, mi princesa del hilo

rubio!... ¡Rubio!... Sí: es rubio lo que yo he visto y sentiré que nos despidamos sin que me des una *huella* de tu *humilde* y *húmeda* gracia.

—¡Aatchis! Con las haches de ese tío... Jesús, que pelmazo.

—¡Hule! (No digo ¡ole!... porque no usa hache.) ¡Hule las hembras con hipo humorístico! Pero ¡qué muslazos tan suaves, recondenada!—añadió por lo bajo el sensualote Romeo.

A todo esto el *¡taf! ¡taf!* del automóvil ya sonaba tan a lo lejos, que casi no sonaba ya en el espacio.

El casi vuelco, pudiendo parecer mucho, no les pareció más que casi agradable incidente a las ominosas modistillas.

Entre una nube de polvo, y a las dos horas de haber abandonado la coronada villa, aparecieron sucesivamente Sineso Guarrete, Félix Recio y Tirso Terso; los dos, primeros estudiantes de Botánica y Agricultura superior, respectivamente y el tercero, casi doctor en Medicina; pues sólo le faltaba licenciarse.

Alegría fulminante entre la colección modisteril.

Risas y algazara entre los tres caballeretes—cada cual sobre el potro que pudo alquilar a cualquier precio—quienes se

prometían un opíparo hartazgo de carne femenina a todo pasto, como que sus relaciones con las alocadas *midinettes* ya provenían de constantes sesiones de patinaje entre las parejas Félix-Fausta; Guarrete-Graciana y Terso-Severa.

Esta última, con toda su «severidad» nominal, caíasele siempre encima a su novio, cuando resbalaba; Graciana y Guarrete daban asimismo cada resbalón que... en fin: un pequeño diálogo expresará mejor que el narrador la clase de prójimos que venimos describiendo.

—¡Métame la mano más abajo!... ¡que así se me van las piernas!

—¿Así, rica?

— Así, rico... Ahora, a abrocharme esta liga que se me cae, en castigo a dejarme tan suelta y tan desamparada.

—¡Rediéz! Vaya un principio de muslo!

—¡Eh, Pareja! ¡Las formas no! ¡Rechufa! ¡Que se me van los ojos y otros objetos hacia la carne desnuda!

—¡Está ahí la cortina!

—Oye, Felicito: ¡que me pica un bicho en el pecho!

—¿En el derecho, chacha? ¡Un bicho!

—¡Mala entraña!... ¡Que me pica! ¡Anda desabróchame!... Y chupa, chupa este caramelito que me dió antes Severa!

—¡Chu...chu...po! ¡Qué dulcísimo, y qué debe ser la ambrosía (o la «Ambrosia» que decía aquél) de que nos hablan los amigos de los dioses.

—¿Ves? Tengo dos igualitos...

—Ya lo veo; y blancos y duros como las bolas del billar del café de Levante.

Rióse la muy tuna de Fausta con lo del Levante.

—¡Patina!... ¡Patina!...

¿Pá...ti...nó?

—Pá mí, sí; pa ti... también!... ¡So lipendi!

—Pues pa tino el de este cura, si es que patino a tu gusto! ¡Gracia!

—¿Qué hay?...

—¡Gracia! Graciosa... Cuya gracia más oculta y más pecaminosa me vas a mostrar un día de estos, así patinando.

—¡Con tal de que tus contactos no me falten, mi pecaminosa no te ha de faltar!

III

—No era muy extenso, ni muy propio para cacerías de piezas mayores el coto de la vizcondesa de Chorroblanco; pero para piezas como las que iban a «cazar» allí

aquel día, bastaba y sobraba.

Ninguno de los muchachos se distinguía por sus condiciones cinegéticas.

—¿Y qué es «cinegético»?—preguntaba el operador, fingiendo ignorancia.

—Ello mismo lo dice: la afición al *cine*, hombre.

—Y ¿cómo os gustan más las peras, en su propio peral, o caídas al pie del árbol?...

—¡Al pie del árbol!... Anda Guarrete, a partirnos una pera, allá en el rinconcillo que de aquí se ve.

—¿Se vé?... ¡qué eres tonta!... Y tápate, que estas medias caladas y esas ligas también caladas...

—¡Qué dices, maldito! Las medias bien, pero ¡las ligas!...

—¡Vaya un asombro!—replica Tirso Terso.—Como que no he visto yo un rato muy largo, la preciosidad de ese trozo de muslo que esclavizan tus ligas, «caladas» sí, y muy caladas, como asegura Félix, mi colega en botánica, puesto que al querer saltar por las aguas del regato se le había caído una liga, o las dos...

—Pues sí; se me han caído en el regato.

—¡Quién hubiera sido regato!...

—Regato... o «Regaterín», por lo menos. ¡Menudo mete y saca le atizo yo a la socia esa en los mismos rubios!

—¡Eh! nenes y nenas... Mayores y menores de edad: el arroz con pollo está en su punto. ¡Al arroz se ha dicho!... Y dejarse ya de chisteroterapia, que es humano, hípico y en holocausto a un hambre homérico el ir al arroz con pollo. cuando éste nos llama!

Ya se comprenderá, con lo pródigo en términos con *hache*, que quien invitaba no era otro que Romeo el operador.

Situáronse, pues, las tres oficialas, junto a sus tres estudiantes respectivos, en plena plazoleta, bajo los copudos castaños, junto a una rica fuente, cuyo rumor al faltar el cristalino chorro, hacían honor al «chorro blanco» de la anfitriona, o sea la vizcondesa.

—Mi marido el vizconde ha preferido asistir a las carreras de caballos; allá él. Yo prefiero el campo... Acá: en mi coto, tan poético, tan romántico.

—¡Y tan rico este muslo!...

—El del pollo ¿eh?

—¡Y el tuyo más, bella Chelito, en ciernes!—apoyaba en voz baja Félix, apretando con su rodilla el rollizo muslo de Fausto.

—¡Cállate, que mi almeja me da mucho que hacer!

—¡Horror!—saltó Romeo-Que te la abra ese.



—Yo no la abro, la sorbo si acaso, cuándo esté abierta.

—¡Sicaliptico!...

—¿Y tú que te haces con ese pedazo de congrio?—decía Graciana a Guarrete.

—¡Mi congrio para ti, laminera! ¡Tómalo! Hártate ya.

—¡Me sabe a poco!....

—Ya te sabrá a más cuando vayamos a la alberca a pescar otro.

—¡Bebe en un vaso!—decía Severa a Tirso—Bebe. charrán.

—¡Prefiero beberte la saliva!

—¡Ansioso! Déjame esta cadera, que me la maceras con tus rodillas.

—Todo eso es cariño y sensualidad; clase fina y de lo mejor de mi reperiorio.

—¡Más Valdepeñas, don Sabas!...

—¡Ahí va! Yo, como administrador, escancio y ¡olé la vizcondesa camelando!

—Me falta usté al respeto!... ¡Bah! Un día es un día... ¡Fáltame! ¡Fáltame!—añadió en voz casi apagada.

—Yo la faltaría, señora; pero bajo una higuera nada más.

***

Media hora más tarde, don Sabas, el muy pícaro, le buscaba higos tiernos a su ama la vizcondesa.

Pero ¡qué casualidad!... Ella, cuyo postre preferido eran los plátanos no apreció aquel memorable día ceciliano más que un magnífico plátano que exhibíale el administrador y había traído de Madrid, exclusivamente para ella.

—Dos, tres, diez; una docena justa. ¡Vaya unas brevas! Chiquitas, si usté quiere, amada vizcondesa, pero sabrosas, ¿no opina usted así?

Ella callaba y buscaba en las ramas de la frondosa higuera.

—Aúpeme, Sabas, que allá veo algunas de buen tamaño.

Aplicóla el muy pillastre ambas manos a la cintura. Cuando ella húbose agarrado ya al tronco con las piernas, sin hacer caso al detalle de quedar éstas huérfanas del estorbo que las taparan, ayudóla con mayor eficacia cogiéndola por los muslos, robustos y duros como el mármol, según apreciación del administrador, y ligera como una corza se empinó hasta alcanzar la rama que ella pretendía hacer suya.

Rompióse la rama; que no era muy robusta y ¡catástrofe! cayéronse ella y su rama, teniéndola entre sus piernas divinas: entonces viéronse en todo su esplendor los esbeltos muslos, a cuya parte media montaban las sedeñas medias negras, caladas,

con ligas amaranto.

Sabas iba abriendo tamaños ojos; dolióse del golpe; pero alegróse por la espléndida visión, incluso del soberbio ángulo formado por las abiertas piernas de la vizcondesa.

—¿Se ha hecho daño?

—¡He caído en blando! Este paraje está repleto de hojarasca... Sólo siento... A ver: puede que se haya aplastado bajo mi peso la más bonita de esas brevas que yo iba a atrapar... Meta mano, Sabitas; meta mano sin miedo. Por si puede, antes de levantarme dar con alguna.

¡Vaya si metió mano el administrador! Las ropas interiores, holandas y entredoses finísimos, fueron alzados con cuidado.

¡Oh, maravilla! Allí mismo, junto a lo más recóndito de la vizcondesa, la diestra señoril y cuidada de Sobitas, halló algo muy blandecito, suave al tacto. cálido, misterioso.

—¡Por fin!—dijo ella ansiosa, lanzando fogosa mirada al administrador.

—¡Por fin, divina criatura!... ¡Ya dí con la breva! La breva mejor de todas las higueras de su coto. ¿Será para mí?...

La viscondesa no tuvo palabras con que otorgar aquel postre delicioso que bajo sus ropas había ido a ocultarse... Sus ojos ha-

blaron.

La breva fué saboreada.

—¡Vizcondesa!... ¿Hay algo más bello que un higo maduro?

—¡Oh! Sí; toma higo, que yo tomare plátano; el plátano que me has traído... ¿Para mí todo?

—¡Todo, dulzura!

—¡Vida!... ¡Dame más!... ¡Es poco la mitad!... ¡Todo! ¡Todo! ¡Ah! que sabrosí...si...mo! ¡Ah!...

***

En cuanto a Romeo habíase ido a esperar a la estación a la intrépida doña Cecilia, a quien sus ocupaciones retuvieron toda la mañana en Madrid.

Cuando menos lo esperaban los invitados, presentáronse doña Cecilia, la festejada, y su acompañante; de bracero, muy amarteladitos, formando armónica pareja.

—¡Honor a la reina de las modistas!... ¡Homenaje y holocausto!

—¡Hurra!—clamó entusiasta Félix Recio, aupando a su pareja, la linda Fausta.

—He tardado... Pero comprendo que no les hice mal tercio!... En fin, lo principal es que haya alegría, besos y chillidos de buen humor.

—¡Gracia! Que él ama ya te trae pareja

también!... ¡Vaya con el buen Ro.... ro.... ¿Cómo es la partícula?

—Meo, Severita; Romeo, para que te acuerdes. Pues sí: si doña Cecilia, cuya Santa Patrona deseo le mejore las horas que estarán aquí todos reunidos, desea que yo ejerza de Romeo, préstese a ser mi Julieta y prometo violar...

—Violacianos ¡no!...

—Violar la historia o la leyenda de los amantes de Verona, propasándome algo más que ellos; todo con el fin desentonar.

La vizcondesa y Sabas se miraron elocuentemente; eran los más culpables.... Pero también los más satisfechos.

La breva de ella y el plátano de él compartidos en amor y con maña les habían llenado del todo.

IV

¿Se quiere algo más placentero, más grato para los mayores que jugar a los juegos de niños?

¿Lo habéis probado alguna vez lectores?

¿No os ha seducido en alguna ocasión la visión rápida y fugaz, pero erótica en demasía, de las rollizas piernas ya desarro-

lladas de ciertas grandullonas al jugar a saltar la comba o al corro, como aquello de

«San Serení, la buena,
San Serení, Marqués. etc.»

¡A cuántas les saltan ya los tiernos pechitos, encendiéndoseles el rostro, tanto como a vosotros que las contempláis y jadean con respiración acelerada y plena de goces íntimos y ostensibles, mezcla divina de sexuales e infantiles!... En fin: esto viene a cuento de comprobar las sensaciones que experimentarían, pletóricas de deseos y de ansias de estrechar, apretujar, besar, morder, no en el paraje de un coto, poético y campestre, sino en una alcoba bien recogidita y bien fassihonable.

El «bosquecillo de Venus», escogieron nuestras parejitas enamoriscadas, bello rinconcillo del coto de la vizcondesa, llamado de aquel modo por la estatuíta de Venus capitolina en mármol blanco que presidía una plazoleta de unos 30 metros en cuadro, poblada de chopos, encinas y robles, no muy frondosos, pero con suficiente ramaje para en su frondosidad, convidar a los aficionados a pecar, a complacer sus apetitos carnales.

—¿Ves qué bosquecillo tan mono?

—¡Oh! ¡Sí, Tirso!... ¡Ay qué Terso éste!

—¿Y éste que yo veo no es terso y refo-

cilado?...

—¡Ay, qué Venus ésta!... ¡Y mira dónde tiene la mano puesta!

—¡Toma! ¡La tiene ahí porque la pobre señora como lleva manguito, como vosotras las simples mortales!...

—Simple... Quita ahora la tuya... que me vas a poner mala... ¡Deja! Déjame... ¡Que me... ¡ah! Ya me lo temía yo... ¡Y aquí, en el bosquecillo!

—Anda, separa... separa estos arbustos que yo te vea bien y te toque esto que te agrada. Mira, me he traído mi ocarina. ¿Te gusta?

—Preciosa y que reluciente la tienes.

—¡Claro! Con lo que la froto siempre... ¡No faltaba más!...

—¿Y este agujerito?

—Este es un *lá*. Anda, dala un beso. Ven: siéntate acà, entre mis rodillas. Así lo harás más a gusto. Puedes tocar el himno de Riego.

—¿Y si sueno muy fuerte?

—¡No hay peligro! Todos están muy entretenidos, por ahí, debajo de los árboles, en el granero, junto a la alberca, o a la vera del regato.

¡Ay, que regato! ¡me gustaría que fuera mío!

***

—¿Oyes, Recio? Recito cachondo: Quiero que juguemos a la gallina ciega.

—Bien, bate palmitas, a ver si vienen los «polluelos».

—¡Flas! ¡flis! ¡flas!

¡Palmas y oreja! Es decir: aplicando la oreja por si lograban agrupar a los desperdigados. Poco hubo que «aplaudir».

—¡Qué hay!

—¡Qué pasa!... ¡Cayó el ministerio!... ¡Quién ha subido!...

—La que se cayó sería esta por de pronto... ¡Puñales!... Mira como viene con la cabellera llena de broza.

—¡Y tú qué despeinada... Anda y te faltan dos botones ahí en la blusilla!... ¡No te digo nada, prenda!...

—¡Recórcholis! Y a esa. Buena va. Hija. ¿No estás viendo que enseñas el mapa mundi? ¡Jesús!... Vaya... A darse las manos. ¡Una, dos y tres!

—¿Quién esconde?

¡Hubo una de sobajeos, apretujones y registros domiciliarios como el que no quiere la cosa que ni el «rapto de las Sabinas» ni el terremoto de la Martinica!

—¿De quién es ese pecho?

—Mío.

—Ya lo sé.—Ahora bajo:—Y mío; o de mis golosos labios al menos.

—¿De quién este moño? Fausta.

—¡Frío! ¡frío!

—¡Frío, yo!...—aquí bajaba la voz el aludido, — cuando estoy más cálido que seis calderas de vapor.

—Que no adivinas, borrico... Da la vuelta otra vez.

En este momento Félix apoyaba su humanidad contra las duras y desarrolladas nalgas de Graciana.

—¡Ay, qué desarrollo!

—¡Qué sinvergüenza, digo yo!

—¡Bah! Lo dices pero no lo sientes... Ahora, sí: tanta severidad, ¡Severa! Ya está. Es Severa.

—¡Plancha! Que soy Graciana y tú un magreante de los más peligrosos.

La excitación a que daba lugar el continuo roce de manos, brazos, piernas y ropas contiguas; subió de punto cuando, los mocitos y mocitas jugaron a coger grillos... bichitos, que cuando no estaban en ningún rincón, buscabánselos ellos entre las rollizas pantorrillas arriba y abajo, carne adentro y ropas en bandolera.

Tan fuerte dosis de visiones eróticas y magreos ultraíntimos, dieron lugar a que cada uno se fuera con su cada una, bajo los árboles que preferían, los que frondosos o despoblados, juramos por nuestros manes

que no fueron precisamente alcornoques.

Los pobrecillos necesitaban expansionarse, dar pábulo a la llama lujuriosa que dabía principiado a arder...

Es ley devida y fuero del Amor Rey del mundo, como ya hemos asegurado en otras ocasiones.

V

Romeo y doña Cecilia, cuyos mutuos contactos enardecieron así a la festejada dama de los hilvanes como al operador, fueron a visitar. siempre juntitos y mirándose al blanco de los ojos, las principales bellezas de la finca: la biblioteca, el salón de armas, el cuarto de baño, el comedor y el ¡granero!

¡Oh! aquel granero repleto de patatas, tomates y otras subsistencias, igualmente preciosas!

—¡Mira que tomate!

—¡Qué chico es!... Te envidio, pues veo que ya te le has apropiado. Lo saborearía de buena gana.

—¿Crudo? ¿Así como está?

—Es tal mi apetito que ¡am!

Y le dió un mordisco en el tomate.

—¡Ay, pillo!.., ¿Qué haces tunantón?

—¡No me digas nada! Esto es más sabroso que el arroz con pollo.

—¡Hártate si es capricho!...

—¡*Hundo* la sin *hueso* con *habilidad!*

Ni en aquel momento histórico olvidaba su afición a las haches el indino.

—¡Hunde, hunde! y que se hunda el mundo!

Doña Cecilia y Romeo experimentaban el paroxismo del furor amoroso...

La vizcondesa de Chorroblanco le puso un magnífico par de banderillas a su esposo, que ella dejara allá en Madrid. Don Sabas, que mejor podía ser llamado don Sobas, por lo sobón y cariñosote, apreció en cuanto valía la magnífica personalidad acariciadora e insuante, dueña de la finca!

Fausta, Graciana y Severa, regresaron a Madrid ostentando las tres eróticas ojeras que hablaban por ellas el lenguaje de Venus Afrodita.

Félix, Tirso y Sinesio cantaron mejor que el gallo de «Chantecler».

Por fin, doña Cecilia, la festejada, supo lo que eran amores, prohibidos y fáciles: clandestinos y morrocotudos.

Su onomástico no se le olvidaría jamás mientras viviera.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo. Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡ VIVA LA GRESCA !!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 10 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires